

melancolía, que es el rescoldo tibio de una hoguera que quemó su corazón.

Si antes atacó al catolicismo español, ahora todavía no lo ama, pero lo comprende, lo admira. Siempre, claro está, en sus modos de expresión auténticos. Así, en la misma página, contraponen los dos modos españoles de vivir la religión: el del pueblo y el de las clases superiores. Y así, después de oír hablar a un labriego de Sonseca, afirma: «Por primera vez encuentro un místico en la vida, no en los libros; un místico que es un pobre castellano, que habla con sencillez y elegancia de un Fray Luis de León y que siente hondamente y sin distinciones ni perjuicios»...

Azorín recorre la ciudad y, a su paso, cobran alma esas casas perdidas de zaguanes amplios y escudo de piedra, las calles olvidadas donde no entra el sol; en sus plazuelas extáticas se hunde todo. Allí es donde siente a la ciudad sin tiempo, es decir, a la ciudad muerta, porque la vida es pulso, es latido, es fluir, allí comprende la tragedia de Toledo. Azorín piensa detenido en sí mismo: «Este es un pueblo feliz», sí, porque no conoce el tiempo, y el tiempo es dolor, es «dolorido sentir».

Sigue caminando. Ha cruzado Zocodover y «da un vuelta por los clásicos soportales»... «se detiene en la puerta de una tienda. Dentro, ante el mostrador, examinando unas cajas redondas, hay una vieja con un manto negro y una moza con otro manto negro». Tal vez, piensa, viven en una casa de ventanas diminutas, de zaguán empedrado de cantos, en una casa silenciosa, y él, podría ser feliz casado con esa toledanita; quedaría atrás, así, su vida bulliciosa, «yo viviría feliz siendo aquí en Toledo un hombre metódico y catarroso», confiesa. La vieja y la niña, han salido de la tienda y Azorín tras ellas, cruza la plaza y baja las escaleras del Arco de la Sangre, las sigue luego por las callejuelas. Azorín va soñando lo que podría ser su vida. «La realidad no importa, lo que importa es nuestro ensueño», ¿acaso no podría ser su ensueño la más auténtica realidad? Pero «la vieja y la niña desaparecen en la penumbra, como dos fantasmas. Suena un portazo... Y

Azorín permanece inmóvil, extático, viendo desvanecerse su ensueño».

Queda solo, y esa soledad va a romperse de un modo sorprendente: «entonces, en la lejanía, ve pasar, bajo la mortecina claridad de un farol, una mancha blanca, en la que cabrillean vivos reflejos metálicos. La mancha se aproxima en rápidos tambaleos. Azorín ve que es un ataúd blanco que un hombre lleva auestas. ¡Honda emoción! A lo largo de las calles, desiertas, lóbregas, Azorín sigue, atraído, sugestionado, a este hombre fúnebre, cuyos pasos resuenan sonoros en los estrechos pasadizos». Este es el Toledo de Azorín: una ciudad desierta, la visión macabra de un hombre que lleva un ataúd a hombros para una niña, una moza con manto negro acompañada de una vieja, unos labriegos resignados, un catolicismo oficial que no es auténtico...; todo falta, de todo se carece; solo sobra inercia, pereza, tristeza, miseria, fanatismo, superstición... ¿Por qué? Si el paisaje somos nosotros, si se resume en una proyección de nosotros mismos, tiene vital importancia saber el momento en que el escritor se enfrentó con Toledo como realidad. Porque ese conocimiento deviene en experiencia elaborada estéticamente en un momento concreto, precisamente en función de lo que en ese momento el artista es. Azorín nos cuenta el Toledo que ha visto, pero ese Toledo es el que su espíritu ha seleccionado entre los múltiples datos que llegan a su sensibilidad. Lo que llega hasta Azorín es lo que lleva sumergido él. ¿Y qué lleva Azorín en su hondón? Lleva el desprecio por una España triste que se niega a morir y no deja paso a la España alegre que desea. Y Toledo es casi el símbolo de esa España que debe morir. Aún no es el Azorín sereno, que se ha de hacer «reaccionario por asco de la greña jacobina». No es aún el Azorín que va a cantar Castilla, pero no desde la protesta, sino desde la melancolía, porque «la vejez trae a los hombres una ineludible opción: o disconformidad, esto es, resentimiento, o conformidad, esto es, nostalgia».

Azorín ha vuelto otras veces a Toledo, cumplida ya su evolución, devoto

ya de la tradición española, pero no ha dejado testimonio de estas otras visitas. Y Toledo permanece aún en la obra azoriniana como el paisaje que sirve de marco fugaz a unos momentos de sus años mozos, y es algo tan breve y provisional como un viaje...

Yo pienso por eso con Machado: «hoy es siempre todavía». Y Toledo espera aún a Azorín. Le espera porque ha sabido conquistar el mejor concepto de Castilla, porque ha comprendido a sus hombres, porque cantó sus paisajes con palabras eternas, porque ha hecho todo esto sin renegar de sí mismo, pero trascendiendo su primitiva rebeldía en un incesante homenaje y reproche en el que hemos aprendido a amar a España porque no nos gusta. Y Toledo, que tiene tantos libros, tantas obras, tantas meditaciones; que ha estimulado siempre a las mejores inteligencias a intentar sorprender su secreto, develar su misterio, captar su esencia, espera, sí, todavía a Azorín. Azorín es, sin duda, el único capaz de expresar literariamente lo que Toledo significa como realidad y como ensueño. Lo que Toledo es como símbolo de lo permanente y como testimonio de lo fugaz. Lo que Toledo significa como tradición verdadera y como inercia y pereza, también española, y como posibilidad entrañable de un estilo español para el futuro. Este es el libro que Toledo necesita: homenaje y reproche. Azorín entonces, en 1902, no pudo escribir ese libro. Toledo a él —mediterráneo, levantino, entusiasta de la vida, fanático de la voluntad— le asustó. Fue como la visión fugaz, pero exacta, del espectro de la España cuyo entierro él pedía a gritos entonces. Porque si él cantaba la pobreza castellana, era para edificar sobre ella una vida mejor. Azorín no pudo resistir al Toledo que vió, porque era la negación de la vida. Por eso esperamos todavía su libro. Un libro que cante la voluntad, que incite al esfuerzo, a la resurrección, a un apetito insaciable de perfección, porque Toledo descansa demasiado en sí mismo, detenido en el tiempo, ensimismado, para ser perfecto.

EMILIA ALBA

*AYER Y HOY sostiene intercambio con la revista universitaria «Alcalá» (Madrid), «Consigna», de la Sección Femenina, «El Cobaya» (Ávila) y «Advinge» (Jaén). Nuestros lectores pueden, en cualquier momento, leer y consultar sus páginas poéticas, escritas por figuras destacadas de nuestras letras.*